

Vendido me han los cocheros.

DUQUE.—Por vos, señora, la vida
Vuestros cocheros darán.

D. MEN.—¡A don Mendo os atreveis,
Viles! *(Desenvainan las espadas
don Mendo y Leonardo.)*

LEONARDO —Cocheros, ¿qué haceis?
¡Que es don Mendo de Guzman!
A vuestro coche os volved.

D. MEN. *(ap.)*—Furias del infierno son.

D.^a LUC.—¡Qué pena!

D.^a ANA —¡Qué confusion!

*(Retiranse don Mendo y Leonardo, y
el Duque y don Juan van tras ellos.)*
Cocheros, ¡tened! ¡tened!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid. Está amaneciendo:
la pieza tiene poca luz.

ESCENA I.

D.^a ANA Y CELIA; EL DUQUE Y D. JUAN, *de cocheros; este último retirado detrás del Duque.*

D.^a ANA—¿No advertís lo que habeis hecho?
¿Cómo tan despacio estais?

DUQUE.—Por nosotros no temais:

Quietad el hermoso pecho,

Pues con probar la violencia

Que intentó aquel caballero,

En nuestro favor espero

Que tendremos la sentencia.

Y por su reputacion

Le estará más bien callar:

No penseis que ha de tratar

De tomar satisfacion

Por justicia un caballero.

¿No veís lo mal que sonara
Que herido se confesara
Del brazo vil de un cochero
Un tan ilustre señor,
Dueño de tantos vasallos?
Destos casos, el callallos
Es el remedio mejor.

D.^a ANA—Siéntome tan obligada
De vuestro valor extraño,
Que el temor de vuestro daño
Toda me tiene turbada.

DUQUE.—No temais.

D.^a ANA —El pecho fiel
El daño está previniendo.

DUQUE.—Quien pudo herir á don Mendo,
Podrá defenderse dél.

CELIA (á doña Ana al oído).

—En hablar tan cortesanos,
Tan valientes en obrar,
Mucho dan que sospechar
Estos cocheros.

D.^a ANA (á Celia al oído). —Las manos
Les mira, que la verdad
Nos dirán.

CELIA. —Es gran razon
Pagalles la obligacion
Que tienes á su lealtad,
(Toma las manos al Duque.)

Pues por estas manos queda
Tu honestidad defendida.—
(Vuélvese á hablar aparte á doña Ana.)
¡Ay señora de mi vida!
Blandas son como una seda,
Y en llegando cerca, son
Sus olores soberanos.

D.^a ANA (Aparte á Celia.)

—¡Buen olor y buenas manos!
Clara está la informacion.
Disimula.

CELIA. (Ap.) —El otro está
Siempre cubierto y callado:

Cogerélo descuidado,
Pues la aurora alumbra ya
Lo que basta á conocello.

(Va Celia por detras de todos á coger
de cara á don Juan.)

D.^a ANA—Amigos, puesto que así
Os arriesgasteis por mí
Sin obligacion de hacello,
Desta casa y de mi hacienda
Os valed.

DUQUE. —Los piés os beso;

Mas yo no paso por eso;
Que no es razon que se entienda
Que fué sin obligacion
El serviros; pues de un modo

Se la pone al mundo todo
 Vuestra rara perfeccion:
 Porque á quien os llega á ver
 Dais gloria tan sin medida,
 Que auuque os pague con la vida,
 Os queda mucho á deber.

CELIA. (*A don Juan.*)

—Y vos, ¿sois mudo, cóchero?
 ¿De qué estáis triste? Volved,
 Alzad el rostro, aprended
 Animo del compañero.
 El que riñó sin temer,
 ¿Teme sin reñir agora?

DUQUE. —En vano os cansais, señora;
 Que es mudo.

CELIA. —Bien puede ser.

(*Ap.* Mas yo don Juan de Mendoza
 Pienso que es.... Él es: ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo
 Por no perder lo que goza
 Miétras encubierto está.)
 —¿Quién dirás, señora, que es
 El callado? (*Aparte á ella.*)

D.^a ANA —Dilo pues.

CELIA. —¿Quién piensas tú que será?

D.^a ANA —No lo sé

CELIA. —¿Quién puede ser

Quien siendo gran caballero,
 Quisiese ser tu cochero
 Solo por poderte ver?
 ¿Quién, el que con tal valor
 En un lance tan estrecho,
 Pusiese á la espada el pecho
 Por asegurar tu honor?
 ¿Quién, el que en penar se goza
 Por tu amor, y tu desden
 Sigue enamorado? ¿Quién
 Sino don Juan de Mendoza?

D.^a ANA —Bien dices: solo él haria
 Finezas tan extremadas.

CELIA. —Bien merecen ser premiadas.

D.^a ANA —Que no las pierde, confia.

DUQUE. El sol sale: porque vos,
 Que sol al mundo habeis sido
 En tanto que él ha dormido,
 Reposeis agora, adios.
 Y así los cielos, que os dan
 Belleza, os den larga vida,
 Que no os inquiete la herida
 De don Mendo de Guzman.
 (*Vase retirando.*)

D.^a ANA —Tras la ofensa que ha intentado,
 No hay porque inquietarme pueda;
 Que ni aun la ceniza queda
 En mí del amor pasado.

—Deten á don Juan, que quiero
Hablalle. (*Aparte á Celia.*)

CELIA. —A servirte voy.

D.^a ANA—Y miéntras con él estoy,
Entreten al compañero.

CELIA. (*A don Juan, que se retiraba, siguiendo al Duque.*)

—Señor cochero fingido,
Mi dueño os llama: esperad.

D. JUAN—Hum....

CELIA —No hay *hum*: volved y hablad...
(*Ap. á él. Que ya os hemos conocido.*)

D. JUAN—¡Eso debo á mi ventura!
(*Vase Celia, hablando bajo con el Duque.*)

ESCENA II.

D.^a ANA Y DON JUAN.

D.^a ANA—¿Qué es esto, don Juan?

D. JUAN —Amor.

D.^a ANA—Locura, dirás mejor.

D. JUAN—¿Cuándo amor no fué locura?

D.^a ANA—Sí; mas los fines ignoro
Destos disfraces que veo.

D. JUAN—Así miro á quien deseo,
Así sirvo á quien adoro.

D.^a ANA—No; traidoras intenciones
Encubren estos disfraces.

D. JUAN—Falsas conjeturas haces
Por negar obligaciones.

D.^a ANA—El probarte lo que digo,
No es difícil.

D. JUAN —Ya lo espero.

D.^a ANA—¿Quién es ese caballero,
Y á qué fin viene contigo?

Traer quien me diga amores,
Y escuchallos escondido,
¿Podrás decir que no ha sido
Con pensamientos traidores?

D. JUAN—¡Cuán léjos del blanco das,
Pues si traidores los llamas,
La mayor fineza infamas
Que ha hecho el amor jamás!

D.^a ANA—Dila pues; que á agradecella,
Si no á pagalla, me obligo.

D. JUAN—Por obedecer la digo,
No por obligar con ella.

Como mi mucha aficion
Y poco merecimiento

Engendró en mi pensamiento
Justa desesperacion,

Vino amor á dar un medio
En desventura tan fiera,

Que á mi mal consuelo fuera,

Ya que no fuera remedio:
 Y fué que te alcance quien
 Te merezca: tu bien quiero;
 Que el efecto verdadero
 Es este de querer bien.
 A este fin tus partes bellas
 Al Duque Urbino conté,
 Si contar posible fué
 En el cielo las estrellas.
 Él, de tu fama movido,
 De tu recato obligado,
 Este disfraz ha ordenado,
 Con que te ha visto y oído.
 Y ¡ójala que conociendo
 Tu sugeto soberano,
 Dé con pretender tu mano
 Efecto á lo que pretendo;
 Que yo, con verte en estado
 Igual al merecimiento,
 Al fin quedaré contento,
 Ya que no quede pagado.
 Esta ha sido mi intencion;
 Y si escuchaba escondido,
 Fué porque el ser conocido
 No estorbaba la invencion.
 Que juzgues agora quiero
 Si he merecido ó pecado,
 Pues de puro enamorado

Vengo á servir de tercero.
 D.^a ANA—Tu voluntad agradezco;
 Pero condeno tu engaño;
 Que presumes por mi daño
 Más de mí que yo merezco.
 Porque no es á la excelencia
 Del Duque igual mi valor;
 Que no engaña el propio amor
 Donde hay tanta diferencia.
 Fué mi padre un caballero
 Ilustre; mas yo imagino
 Que pensara honrarle Urbino
 Si lo hiciera su escudero.
 Y así á tan locos intentos
 Tus lisonjas no me incitan;
 Que afrentosos precipitan
 Los soberbios pensamientos.
 D. JUAN—Mucho, señora, te ofendes,
 Porque sin tu calidad,
 Digna es por sí tu beldad
 De más-bien que en esto emprendes.
 No te merece gozar
 El Duque, ni el rey, ni....
 D.^a ANA —Tente:
 La fiebre de amor ardiente
 Te obliga á desatinar.
 Tu amoroso pensamiento
 Encarece tu valor:

¡Diérasle al Duque tu amor,
Que yo le diera tu intento!

D. JUAN—¿Quién podrá quererte ménos
En viendo tu perfeccion?

D.^a ANA—Al fin, por tu corazon
Quieres juzgar los ajenos:
Y es engaño conocido;
Que si el tuyo por mí muere,
No con una flecha hiere
Todos los pechos Cupido;
Y aunque el Duque tenga amor,
Galan querrá ser, don Juan;
Y honra más que un rey galan,
Un marido labrador.
Y aunque en el Duque es forzosa
La ventaja que le doy,
Grande para dama soy,
Si pequeña para esposa.

D. JUAN—Nadie con tal pensamiento
Ofende tu calidad.

D.^a ANA—De mi consejo, dejad
De terciar en ese intento;
Porque mayor esperanza
Puede al fin tener de mí
Quien pretende para sí,
Que quien para otro alcanza. (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN, y despues BELTRAN.

D. JUAN—¿Posible es que tal favor
Merecieron mis oídos?
¡Dichosos males sufridos!
¡Dulces vitorias de amor!
Que tendrá mas esperanza,
Dijo, si bien lo entendi,
Quien pretende para sí,
Que quien para otro alcanza.
Que la pretenda mi amor
Me aconseja claramente:
Y la mujer que consiente
Ser amada, hace favor.

(Sale Beltran.)

BELTRAN—Mira que el Duque te espera,
Y no el padre de Faeton,
Que á publicar tu invencion
Apresura su carrera.

D. JUAN—En cas de mi amada bella
Son los años puntos breves.

BELTRAN—En la taberna no bebes;
Pero te huelgas en ella.

D. JUAN—Bien lo entiendes.

BELTRAN —Alegría

Viertén tus ojos, señor.

D. JUAN—Hacen fiestas á un favor.

BELTRAN—Mucho alcanza la porfia

ESCENA IV.

CELIA, DON JUAN Y BELTRAN.

D. JUAN—Celia amiga, Dios te guarde.

CELIA.—Y te dé el bien que desees.

D. JUAN—Como de mi parte seas,
No hay ventura que no aguarde.

CELIA.—Si en mi mano hubiera sido,
Tu dicha fuera la mia;
Mas, don Juan, sirve y porfia,
Que no va tu amor perdido.

(Vase don Juan.)

ESCENA V.

CELIA Y BELTRAN, *despues* D.^a ANA.

BELTRAN—Y á mí ¿me aprovecharia

El servir como á mi amo?

CELIA.—Pues ¿amas tambien?

BELTRAN —Yo amo

Por solo hacer compañía.

(Sale doña Ana.)

D.^a ANA (*Ap.*)—Celia está con el criado

De don Juan, y no sosiego

Hasta hablalle: ya está el fuego

En mi pecho declarado.

CELIA (*Aparte á Beltran.*)

—Mi señora.

BELTRAN —Voime.

D.^a ANA. —Hidalgo,

Volved. ¿Quién sois?

BELTRAN —Soy Beltran,

Un criado de don Juan

De Mendoza.

D.^a ANA —¿Quereis algo?

BELTRAN—Servirte solo quisiera.

Aquí á Celia le decia

Que amo por compañía.

D.^a ANA—No es conclusion verdadera.

¿Satirizas?

BELTRAN —No conviene;

Que eso puede solo hacer

Quien no tiene que perder,

O que le digan no tiene.

Pero yo, ¿cómo querias

Que predique sin ser santo?

¿Qué faltas diré, si hay tanto

Que remediar en las mias?

D.^a ANA—Tu gusto desacreditas

Con esa cuerda intencion.

Porque á la conversacion
La mejor salsa le quitas.

BELTRAN—Si ella es salsa, es muy costosa,
Señora; que bien mirado,
Ni hay mas inútil pecado
Ni salsa mas peligrosa.
Despues que uno ha dicho mal,
¿Saca de hacerlo algun bien?
Los que le escuchan mas bien,
Esos lo quieren mas mal;
Que cada cual entre si
Dice, oyendo al maldiciente:
«Este, cuando yo me ausente,
Lo mismo dirá de mi.»
Pues si aquel de quien murmura
Lo sabe, que es fácil cosa,
¿Qué mesa tiene gustosa?
¿Qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos
Que no aborrece la gente,
Y solo del maldiciente
Huyen con cuidado todos.
Del malo más pertinaz
Lastima la desventura;
Solamente al que murmura
Lleva el diablo en haz y en paz.
En la corte hay un señor,
Que muchas veces oí

(Ap. Esto encaja bien aquí
Para quitarle el amor.)
Que está malquisto de modo
Por vicioso en murmurar,
Que si lo vieran quemar
Diera leña el pueblo todo.
¿No conoces á don Mendo
De Guzman?

D.^a ANA —Beltran, detente.
El vicio del maldiciente
Has estado maldiciendo,
¡Y con tal desenvoltura
De don Mendo has murmurado!

BELTRAN—Pienso que es exceptuado
Murmurar del que murmura.
Dicen que el que hurta al ladron
Gana perdones, señora.

D.^a ANA—Dicen mal.—Véte en buen hora.

BELTRAN—Da á mi ignorancia perdon,
Si acaso te he disgustado.
(Ap. Mal disimula quien ama.) (Vase.)

ESCENA VI.

D.^a ANA Y CELIA.

CELIA (ap. Apagado se ha la llama;
Mas mucha brasa ha quedado.)
—Pues su ofensa te ofendió,
Sin duda que en tu memoria